



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 21. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Junio 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

SUMARIO.

Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Traje elegante de señora para paseo y visitas.—Vestido con paletot-frac.—Traje para niño.—Dos vestidos *princesa* para niña.—Trajes para señorita.—Vestido con túnica.—Vestido adornado con cordones.—Vestido Breton.—Vestido con paletot.—Vestido con adornos de cinta brochada.—Fichú-toquilla.—Fichú con encajes.—Fichú manteleta.—Corbata con broche oxidado.—Corbata con broche de nácar.—Sombrillas de moda.—En tout cas.—Guantes.—Sombrero de verano.

Sombreros pastoras.—Capota con bavolet.—Sombrero de paja inglesa.—Capota de paja de Italia.—Sombrero con bridas y velo.—Sombrero para el campo.—Diferentes formas nuevas para sombrero.—LITERATURA: Galis Galileo, por Emilia Quintero y Calé.—A una cuna, poesía, por Eugenio Sanchez Fuentes.—A Aurora, poesía, por José Guzman.—La mujer, por Sagredo Campomór.—Marina, por Angela Grassi.—Bibliografía, por Segismundo Martínez.—Charadas.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

La variedad y complicación de los trajes actuales, parece hecha para desesperar á las personas que sin gran práctica se proponen hacer un vestido, porque cada uno de ellos es una creación propia para torturar la imaginación, un verdadero *enigma de retazos*: en cambio, para una modista de alguna habilidad, ¡qué resultado tan feliz, qué extenso campo de combinaciones diferentes!

La hechura *Princesa* tiene por principal encanto la sencillez en el corte y la sobriedad en los adornos; pero desde el momento en que no quieren las señoras contentarse con la línea primitiva, se admiten tan contrarios elementos, tan variadas telas, tan múltiples adornos, que resultan verdaderos caprichos, no ajustados á ley ni tipo, pero de una elegancia deliciosa. Ya he señalado á mis queridas lectoras las ventajas de la cola postiza en los trajes, y nuestros grabados han ofrecido detalles minuciosos, cortándose ya casi todas las faldas por este sistema; esto es, el paño de adelante nesgado, dos nesgas á cada lado, y el paño de atrás cortado por la mitad de su largo y añadida la cola como un volante en el cual va cortada la cola, y que se pega á frunce al paño, colocando sobre esta misma costura la *coulisse* ó jareta interior que recoge el vuelo: después se adorna la falda alrededor, como si fuera otra cualquiera. Para despedir bien estas colas fruncidas, se coloca debajo de ellas un volante, verdadero abanico de muselina fuerte ó tela almidonada, que tiene la ventaja de reservar el vestido, lo cual no excluye el bajo de percalina ni el volante *barredero*, que es siempre indispensable en los vestidos de pretensión. Asimismo la enagua es muy importante para que sienten bien los trajes actuales, y al efecto se hacen por el mismo sistema de los vestidos, nesgadas en todas las partes de adelante, y con la mitad del largo por detrás añadido en un volante de mucho vuelo, sobre el cual va el volante con encajes, jaretas ó bordados que adornan la enagua alrededor: por delante se montan en canesú; por detrás, el escaso vuelo que les queda va en jareta doble, y llevan su jareta ó *coulisse* á la altura de la cola añadida, casi redonda en las enaguas cortas, y todo lo prolongada que se quiera en las enaguas de salón.

Para hablar de la importante cuestión de la cola, he



1 Á 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑO.

1. Vestido con paletot.

2. Vestido con paletot-frac.

3. Vestido para niño.

dejado el de la combinación de hechuras y adornos, de que me ocupaba al principio de estos apuntes. Aunque las combinaciones son tan variadas que se resisten á la descripción, parten de algunos principios fijos que pueden servir de guía á todas las señoras: ya se sabe que el modelo más generalizado de hechura *Princesa* es el que consta de diez pedazos, á saber: espalda, centros de la espalda, costadillos de la espalda, costadillos del delantero y delanteros: prolongar más ó menos cada una de

estas piezas, á partir del busto, para dar á cada una de ellas carácter de independencia, suele ser la base de muchas combinaciones: ya se ponen los centros de pecho y espalda de otra tela, añadiendo la cola postiza donde termina la aldeta de la espalda, y cubriendo con echarpes la costura, ya se cortan los delanteros excesivamente largos para bullonarlos en la costura del costado á pliegues ó con cordones (este último sistema es conveniente, sobre todo para vestidos de plancha), ya los costadillos son, por el contrario, los que se cortan más largos, bullonándolos en lazadas, ya, por fin, las que no admiten ninguna regularidad, gastan todos los tesoros de su imaginación en medio lado de un vestido que llenan de echarpes, bullones y plegados, dejando el otro medio en una sencillez relativa que no carece de originalidad y distinción. No dejaré de hablar de hechuras sin consignar el favor creciente del género *Breton*, con sus galones de colores y sus infinitos botones de medallas ó de oro lisos, de plata ó de nácar aplastados: el carácter general del vestido *Breton* le constituyen los galones que guarnecen la vesta abierta sobre un peto escotado, que lleva los mismos galones trasversales para formar el escote cuadrado sobre una camiseta de muselina fruncida al escote con su golita, y guardapelo en cinta correspondiente. Este será el vestido de novedad de la estación, sobre todo para las expedicionarias á baños ó playas, y se harán en lanas, moullues y percales. Las faldas en estos vestidos bretones son sencillas de adorno, repitiéndose en ellas los mismos galones sobre uno ó dos plegados, y alrededor de la túnica sencilla también: alguno de estos trajes se completará con paletot en el mismo género breton.

En sombreros continúa la variedad, mejor dicho, la anarquía, pudiendo cada señora elegir el que más convenga á su fisonomía: en el elegante

almacen de modas, Espoz y Mina, 13, entresuelo, á cargo de Mad. Grenet, he visto modelos dignos de fijar la atención: sombreros de paja con corona de musgo son propios para campo, con ala levantada de un lado y grupo de flores debajo de ella; otros, con fondo bullonado y ala de paja con deliciosa corona de miosótis y capullos; otros, en fin, en forma de *cloche*, de paja negra, adornada con la distinción y elegancia que lleva á aquella casa tan numerosa clientela. En fin, en sombreros hay tanto qué

elegir, que difícilmente podría describirlo, y os remito á los variados modelos que en este mismo número aparecen, y son un completo panorama de las modas de la estación.

La lencería gana terreno, porque nó en balde se gastan los escotes abiertos y las mangas tan cortas. Para los trajes bretones, las camisetas es prenda indispensable, y se llevarán más ó menos ricas; para los vestidos abiertos, las lindas golás de gasa, batista ó encaje, y para mañana y campo los cuellos abiertos y lisos con bellas corbatas de granadina ó brochados. En la manguitería de *El oso blanco*, calle Mayor, 101, han recibido en este género y en el de abanicos verdaderas novedades al alcance de todas las fortunas: otro tanto sucede en el artículo de *en tout cas* con cenefas y lisos, modelos de elegancia que no vacilo en recomendar á las amables lectoras de EL CORREO.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 á 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑOS.

1. *Vestido para señora.*—(Patron del paletot en el mes de Abril.)

El paletot es de la misma tela del vestido, y se ajusta sin ceñir el talle: la falda lleva un plegado de 12 centímetros de ancho, y un biés encima cortado en almenas ribeteado de otro tono: el resto del adorno son galones ó cenefas brochadas de la misma tela, que guarnecen el paletot y túnica, que cierra á un lado con botones.

2. *Vestido para señora con paletot-frac.*—(Patron en el mes de Abril último.)

Un volante al hilo de 16 cents. de ancho adorna el bajo de la falda, y el paletot, de la misma tela, es como cualquiera otro paletot de adelante, prolongándose por detrás en dos faldones cuadrados con solapas á los lados y abertura en el centro, adornada de lazo y de botones: este traje es la falda y paletot de lana y seda á cuadros jaspeados, y la túnica, caello y vueltas de manga de color liso.

3. *Vestido para niño.*—(Patron de la blusa en el mes de Abril último.)

Calzon y blusa de paño de verano gris claro con biéses y botones de seda de su color. Gorrita de paja con biés de seda.

4 á 18. SOMBREROS DE VERANO.

4 y 5. *Sombrero redondo de paja inglesa.*—Una tira de faya color de tilo, de 15 cents. de ancho, plegada alrededor del fondo, forma lazo por delante, y de él parte una pluma del mismo color. El ala, levantada por un lado, va forrada y lleva media guirnalda de flores al lado izquierdo, que levanta más.

6. *Sombrero Pastora.*—Es de paja de Bruselas, con lazos azules y grupo de flores silvestres: grupo de rosas debajo del ala.

7. *Capota de paja de Italia.*—Lleva el ala levantada de adelante, y diadema de pluma rizada, y lazo en el centro de dos colores de cinta, uno postizo y otro cardinal. Bidas de la primera cinta pajiza.

8 y 17. *Sombrero para viaje.*—Es de paja azul-marino y blanca, con ala forrada de azul, velo de gasa azul, que cruza por delante, y grupo de flores silvestres.

9 y 15. *Capota con bavolet plegado.*—El sombrero es de paja, y el ala forrada de terciopelo negro y con guirnalda de rosas por delante: drapería rosa y pluma igual le adornan por fuera, con grupo de rosas y follaje quemado.

10. *Sombrero con bridas y velo.*—Es de paja de arroz, forrada el ala de azul, y el fondo de seda azul bullonado. Guirnalda de miosótis y hiedra; bridas azules y velo blanco de tul.

11. *Sombrero para teatro.*—Ala de paja de arroz, forrada de seda tilo y fondo igual guarnecido de encaje, cintas tilo y rosa y flores; bridas de los dos tonos.

12. *Sombrero de fondo bajo.*—Es de paja de Italia, con el ala levantada de un lado con flores, y el fondo cubierto de lazadas de cinta y grupos de rosas. Debe colocarse un poco retirado hacia atrás.

13 á 18. *Sombrero sin guirneer.*—Estos modelos representan las formas más usuales este año, correspondiendo algunos, como el 15 y 17, á otros presentados ya con su correspondiente adorno. Los núms. 13 y 16 son *pal-laisones* de junco de dos colores, muy propios para campo y playa.

19 y 20. FICHÚ CHAL.

Va adornado de encaje, y es muy cómodo para las noches y tardes frescas: es un cuadro de crespon de seda, de 47 cents., orillado de un encaje de 16 cents.; el encaje

puede ser de hilo hecho al telar, demalla, ó de cualquiera otro tejido fino.

21 y 22. VESTIDO PRINCESA PARA NIÑA.

(Patron en números anteriores.)

Cierra por detrás el vestido hasta la faldita plegada, que es tan chica que más parece un volante colocado á tablas; el otro modelo se adorna por delante con un peto ó plaston plegado, sobre el cual descansan ondeados los bordes del vestido: las dimensiones se ajustan al cuerpo de la niña, y la parte de adelante plegada tiene 16 cents. de ancho al escote, 8 en el talle, y 40 en el bajo de la falda. La faldita primera, montada á tablas dobles, tiene 21 cents. de altura por 192 de vuelo. Las ondas se fijan cada una por un boton y un plegado; figura túnica por delante en el vestido que es entero.

23 y 24. FICHÚ-MANTELETA.

Materiales: 140 gramos de lana, agujas gruesas de acero.

Estos fichús se llevarán mucho para el paseo, en la playa y en el campo, utilizándose para ellos cualquiera de los tejidos de punto ya conocidos, los más claros y vaporosos con preferencia. Comiénzase el fondo triangular, y debe tener 140 cents. por los lados rectos y 208 por el biés, no anudándose las puntas, sino volviéndolas á prenderse por detrás con un alfiler; el fondo está hecho siempre al derecho, yendo y viniendo, ó sea á punto de faja con agujas muy gruesas, haciendo los crecidos siempre al final de las vueltas: despues de concluido el fondo, se prende á una tabla de planchar, se cubre con un paño fino mojado y se plancha hasta dejar el paño seco, dejando el fichú prendido lo menos 24 horas. Despues se le añade el encaje tambien de punto de aguja, y con el cual se habrá hecho la misma operacion de plancharle, despues de sacar bien cada una de las ondas con un alfiler, y se cose al fichú todo alrededor sin estirarle nada. Los grabados presentan esta prenda por delante y por detrás.

25 á 28. SOMBRILLAS.

Es de muy buen gusto que la sombrilla sea correspondiente al traje, y su adorno este año presenta gran variedad, admitiéndose encajes, plegados, flecos ó lazadas de cinta. La primera que ofrecen estos números es de seda negra sin forro, con biés grana por dentro, y las ballenas forradas de cinta grana tambien, guarneciéndola fleco grana y negro; el núm. 26 es una sombrilla china de tela brochada y lazadas alrededor y lazo de cinta de dos colores. La núm. 27 es de seda negra con encaje blanco, y el núm. 23 presenta un *en tout cas* de dos caras, la interior brochada, y cordon de dos colores al borde. En las sombrillas suele bordarse la cifra de la persona, y se suspenden al brazo indistintamente con cadena, cinta ó cordon.

29 y 30. GUANTES LARGOS.

Llévanse los guantes de color liso con pespuntos, ó bordados de otro color, y los más elegantes de piel de Suecia con campana, como le presenta uno de estos modelos. El otro es de hilo de Escocia con manguito.

31 y 32. CORBATAS.

Ambas son brochadas á listas de dos colores, y sencillamente anudadas y sujetas por broches, la primera oxidado y en forma de lazo, y la segunda con una pluma de nácar.

33 á 39. TRAJES PARA SEÑORA.

33 á 35. *Vestido con túnica.*—El cróquis núm. 33 indica la forma de la túnica, que puede cerrar por delante ó al lado con tres carreras de botones; se corta por el patron ofrecido en Abril último, añadiéndose vuelo en el centro de atrás, que se oculta debajo de un lazo, dejando cabeza al plegado ó haciéndole caer en albornoz; los recogidos de una túnica pueden variarla por completo, y la que presenta el modelo va ligeramente recogida por la limosnera y por presillas interiores. Ambos están hechos en telas de lana ligera, el primero *cuadrillé*, y el segundo á listas con plegado liso del color de la raya.

36. *Vestido breton para jovencita.*—El peto tradicional, la vesta ó cuerpo largo abierto, los galones que le adornan, y los botones de medalla ó nácar colocados en hilera, dan verdadero carácter á este traje propio para jovencita; la falda deja descubierto el pié, la túnica se recoge más ó menos, y la chaqueta ciñe perfectamente el talle.

37 á 39. *Vestido con túnica y paletot.*—En el mes de Febrero último se dió patron que sirve para este paletot,

presentando cróquis de la túnica el núm. 33. La túnica cierra por delante con botones y lazos, y se nesga mucho de abajo el delantero, que debe tener del centro 12 cents. ménos que del costado, para reducir este vuelo con pliegues y botones. (Véase núm. 38.) La falda lleva por adorno un plegado en el bajo, y la túnica un galon, que nuestras mismas lectoras podrán bordar por cualquiera de nuestros modelos. El paletot holgado se hace de la misma tela y adorno.

JOAQUINA BALMASEDA.



GALILEI GALILEO.

(Traduccion del italiano.)

La fama de Galileo ha llegado hasta nosotros, rodeada cada día de mayor esplendor, y no se borrará seguramente de nuestra memoria, á pesar del trascurso de los siglos, toda vez que se hizo tan notable por los dolores y persecuciones que sufrió.

Inventor de muchos instrumentos científicos, entre los que figuran el péndulo y el antejo de larga vista, y fundador del método que ha ayudado, ó mejor dicho, ha hecho posibles los descubrimientos é inventos verificados posteriormente, su nombre, es indudable, no perecerá.

Maestro además en el difícil arte de leer en la bóveda celeste los movimientos de los astros, así como grande investigador de los arcanos de nuestro planeta, se declaró en 1633 partidario del sistema de Copérnico, lo que le ocasionó ser perseguido y encarcelado, llegando el encono de sus adversarios hasta el punto de obligarle á abjurar de sus creencias científicas cuando ya contaba setenta años de edad. Conocidas son sus palabras al querer hacerle declarar que la Tierra no giraba alrededor del Sol: *E pur si muove*; y sin embargo, se mueve.

Honrado al principio por todos, á causa de las obras que dió á luz, se vió reducido en los últimos años de su vida á vegetar con escasos bienes de fortuna, ciego y maltratado por la corte de Roma, que en él reprochaba y castigaba aquellas verdades que no comprendía y juzgaba desacertadamente contrarias á la palabra de Dios; como si Dios no hubiese iluminado al genio poderoso y héchole ver,

Sotto l'etereo padiglione rotarsi.

Piu' mondi, è il sole irradiarli immoto (1).

Sobre las colinas que por la parte del Mediodía forman una guirnalda bella y olorosa á Florencia,

Popolate di case è d'oliveti (2),

está situado Arcetri, lugar consagrado á la memoria de aquel gran hombre. Allí se eleva la torre de sus investigaciones y la casa donde pasó sus últimos años estudiando y meditando las *envidiadas verdades*, con las cuales aliviaba sus acerbos dolores.

Poco más lejos, á la izquierda de la casa habitada por él, existía, y aun existe, el convento de San Mateo, donde entonces se hallaban de monjas sus dos hijas, llamadas Sor María Celeste la una, y Sor Arcángela la otra; á las que quería tanto, y era tan querido de ellas, que sus contrariedades y desgracias se mitigaban á su lado, reanimando su abatido espíritu.

Siempre habia gustado Galileo de las delicias del campo, complaciéndole sus faenas rústicas, tales como podar y cuidar las viñas, arreglar el huerto y dirigir las operaciones de la vendimia, únicas cosas que le proporcionaban algunas distracciones en sus momentos de reposo.

Sin embargo, ántes de que, por ruego de Sor María, fuese á vivir en Arcetri, donde despues estuvo confinado más largamente que en Florencia, residió en la villa de Bellosguardo, porque precisaba tener ante sus ojos día y noche la inmensidad de los Cielos y el espectáculo de la Tierra, que eran para él dos libros en los que leía aquellas verdades con las que embellecía sus obras y preparaba sus frutos científicos, que habian de ser útiles posteriormente á la humanidad.

Cuando estaba en Bellosguardo, Sor María le escribió la mayor parte de aquellas cartas, que todavía nosotros leemos como cosa de mérito y precioso legado, y que debian llegar á las manos de él tan estimadas como aquella flor que un día Sor María le envió acompañada de estas delicadas frases: «Con grandes deseos de regalaros algo os remito una rosa, la cual, como cosa extraordinaria en esta estación (era el 19 de Diciembre de 1625), deberá seros muy grata, y tanto más, cuanto que con la rosa os van las espinas, que en ella representan la acerbá Pasión de Nuestro Señor, y tambien sus verdes hojas, que significan la esperanza, la cual no debemos perder, deseando, despues de la brevedad y oscuridad del invierno de la vida presente, alcanzar la luz y felicidad de la eterna primavera del Cielo, que Dios bendito nos concederá por su misericordia infinita.»

Desterrado á Arcetri, á consecuencia de la penalidad impuesta por Roma, Sor María Celeste se apresuró á prodigarle todos los consuelos como hija afectuosa; tan

(1) Bajo el etéreo pabellón giran mis mundos que el Sol in-móvil irradia.—Fóscolo, *Poesías*.

(2) Pobladas de casas y de olivos.—Fóscolo, *Poesías*.

pronto usando con él frases consoladoras, tan pronto regalándole todo cuanto creía le era agradable, y porque, entre otras cosas, había leído en la sentencia de Roma que se le impusiera como obligación recitar una vez á la semana los siete salmos: ella le daba á entender que, sólo con el objeto de distraer su imaginación y calmarle algún tanto, se le había señalado esta penitencia.

Sor María Celeste murió en Abril de 1634, como unos cuatro años antes de que Galileo quedase ciego. Fué esto para él un golpe terrible, y como presagio de la oscuridad en que debía quedar envuelto el invierno de su vida.

A la edad de setenta y cuatro años, según ya he insinuado, perdió Galileo la vista, cuyo doloroso accidente se cuenta así por Vicente Viviani, su discípulo, en la relación que de la vida del gran Maestro dirigió al príncipe Leopoldo Médici de Toscana: "Por lo que, habiendo sufrido Galileo en el espacio de veinte y siete años grandísimas incomodidades y fatigas para rectificar los movimientos de los satélites de Júpiter, los que finalmente con suma precisión había conseguido por el uso de las longitudes, y aún más por operaciones exactísimas, pocos años antes, y primero que otro hubiese averiguado con el telescopio un nuevo movimiento ó centelleo en el cuerpo lunar por medio de sus manchas, no permitiendo la misma Providencia Divina que un solo Galileo descubriese todos los secretos que, quizás para estudio de futuras generaciones, tiene ocultos en el Cielo; cuando más entusiasmado estaba en este trabajo, y cerca de los setenta y cuatro años de edad, adquirió una molestísima fluxión á los ojos, y algunos meses después de trabajosa enfermedad lo privó enteramente de aquellos que, solos y en el corto plazo de un año escaso, habían descubierto, observado y enseñado á ver en el Universo bastante más de lo que se había permitido ver á toda la humanidad en los siglos trascurridos."

Quien quiera que suba al segundo piso de la sagrada mansión de Arcetri, y salga al terrado, que todavía existe hoy tal y como estaba antes, no deja de figurarse en su imaginación estar viendo, y cual si éste estuviera vivo, apoyado en uno de aquellos vetustos antepechos, la gran celebridad que la habitó, el sabio anciano y ciego. Nada más ve sino eso; pero ¡cuántos mundos, cuánta luz, y cuántas verdades no resplandecen, se agitan y se mueven en su mente! Nada más ve; pero en la melancolía de aquella oscuridad lo alegran las fantasías de Virgilio, de Ovidio y de Horacio, y en el silencio que lo circunda se van repitiendo los versos del Dante, del Petrarca y de su Ariosto, y de cuándo en cuándo parece que sonríe á los recuerdos placenteros del Berni! Y después, ¡cuántos afectos abrasan su corazón, que conserva aún el vigor de sus juveniles años! Y ¡cuántas cosas sublimes no se graban en su mente! Pero ¡qué le resta de su gloria á aquel gran hombre! ¿Qué se ha hecho de sus libros? ¿Qué premio tuvieron tantos trabajos? La gloria, la fortuna, el premio de poder decir así á los otros, al mundo: "Yo he sufrido mucho por la verdad: mis dolores cesarán, pero mis palabras tendrán eco aún después de mí; mis estudios serán perfeccionados por otros; mis verdades producirán otras verdades, y de todo esto disfrutará la generaciones venideras."

El 8 de Enero de 1642, Galileo acabó de padecer y de vivir, asistido de su nuera Sextilia Bocchineri, del hijo Vicente y de los fieles escolares Viviani y Torricelli.

De la villa de Arcetri fué llevado su cuerpo á Florencia, y sepultado en lugar aparte en el templo de Santa Cruz (1), por que ni aún con la muerte se habían aplacado las iras contra él, pues sus ignorantes enemigos alcanzaron aún que se impidiera fuese colocado en el sepulcro de su familia y le rindiesen exequias solemnes.

Casi un siglo después, en el año 1737, fueron llevados sus restos mortales adonde él había mostrado deseo de que reposasen; esto es, junto á los de su familia, y entonces le erigieron allí un monumento digno de su memoria.

"Fué Galileo de aspecto vivo y jovial, sobre todo en su vejez; de corpulencia llena, de estatura regular, de complexión sanguínea, flemática y bastante fuerte; pero por las fatigas y trabajos, tanto del alma como del cuerpo, á veces se debilitaba de tal modo, que le reducía á un completo estado de languidez. Fué expuesto á muchos malos accidentes y afectos hipocóndricos, y frecuentes veces asaltado de graves y peligrosas enfermedades, ocasionadas en gran parte por los continuos desastres y vigilias en las observaciones celestes, por las cuales muy á menudo empleaba las noches enteras (2).

Galileo había nacido dos días antes de la muerte de Buonarroti, y murió en el mismo año que en Inglaterra venía al mundo el gran Newton.

EMILIA QUINTERO Y CALÉ.

Lugo 1877.

A UNA CUNA.

Canastillo de flores,
que ufano aguardas
el descanso de un ángel,
tal vez mañana;

¡por qué sonríes,
y exhalas el aroma
de cien jardines?

¡Por qué tus pabellones
de blanco encaje
se estremecen al soplo
de aura suave?

(1) Fué sepultado en el departamento de los Santos Cosme y Damian, situado en la misma iglesia de Santa Cruz, llamada la capilla del Noviciado.—Galilei, Galileo, *Obras*.

(2) Galilei, Galileo, *Obras*.

¡Por qué tus cintas
se revuelven volando
con alegría?

¡Cyes acaso, cuna,
el vuelo blando
con que celeste espíritu
cruza el espacio?

¡Sientes el ámbar
que sobre tí desparecen
sus níveas alas?

¡Regocijate mucho,
dichosa cuna;
ya María en tí vierte
su gracia pura!...

Porque la Virgen
es Madre de los ángeles
y serafines.

Si, Virgen Soberana,
sagrado lirio,
cuyo solo capullo
fué Jesús mismo;

los ruegos oye
de dos tiernos esposos
que á tí se acogen.

Tú, que sabes, Señora,
el gran cariño
con que estos corazones
están unidos;

envía un ángel,
que funda en uno solo
los de sus padres.

Y tú, gracioso nido
de mis amores;
arca santa que encierras
mis ilusiones,

¡llénate pronto
de hermosura y de risas,
de luz y oro!

EUGENIO SANCHEZ DE FUENTES.

Puerto-Rico.

Á AURORA SAGRARIO Y FERNANDEZ.

Murió del cielo la luz;
Del vago espacio surgió
Densa sombra, que envolvió
La tierra en negro capuz.

En tan grande oscuridad,
En noche eterna y sombría,
El mundo vivido habría
Por toda una eternidad,

Si otro sol vivo y fecundo
Su clara luz no lanzara,
Y el contorno dibujara
De los perfiles del mundo.

Luz dulce, pura y galana,
Que todo al fin lo domina,
Como aurora purpurina
De pintoresca mañana;

Luz que al verla quedó ciego
Quien á tanto se atrevió;
Luz que súbita brotó
De tus pupilas de fuego;

En su infinito poder,
Hizo Dios, gozoso al par,
Tus ojos para alumbrar,
Tu pecho para querer.

Y aunque es misión que me aterra,
Me atrevo, Aurora, á decirte
Que, desde que tú naciste,
Tiene claridad la tierra.

JOSÉ GUZMAN CÉLIS.

Chiolana 1877.

LOS MÁS BELLOS ADORNOS DE LA MUJER.

Precioso adorno en la mujer es la hermosura que se revela en las suaves líneas de su rostro, en el color de cielo de sus ojos y en el puro carmin de sus labios. ¿Cómo dudarlo? Con ella deslumbra, atrae y lleva tras de sí á los hombres, que se hacen lenguas por alabarla.

¡Pero es de suyo tan quebradiza!.. Amanece un día radiante y risueña, para aparecer en el siguiente muy otra de lo que antes era, ya oscurecida por las señales de un mal funesto, ya, andando el tiempo, por las tristes huellas de los años.

El hombre comprende lo ligero y vano de aquel pre-

cioso adorno, y más ligera y vanamente lo celebra: entonces canciones, bellos romances, y de sus labios brotan palabras para encomiarla; y todo es homenaje y adoración, y culto y rendimiento...

Y ¡qué recoge, en suma, de todo esto la mujer?... Pocas veces el ideal por qué suspira; muchas, y acaso las más, su desdicha, su desventura, que llora á veces en su amarga soledad. Porque el hombre reflexivo sabe demasiado cuáles son los dónes verdaderos que deben adornar á la mujer para consolarle en sus quebrantos y cuidar á sus hijos, esparciendo dulces reflejos en medio del hogar que se gloria de poseerla.

Pero ¡cuáles son esos dónes y esos adornos que más embellecen á la mujer? Lo diremos de seguida: todos los que tienden á perfeccionar su espíritu y á dirigir sus santas inspiraciones llevándolas por el camino del amor y de la caridad; el amor dulce y tranquilo, ajeno á lo vulgar y á toda exageración falsa y mentida, y una caridad discreta y racional.

¡Qué armonioso consorcio no hacen estas dos virtudes en un corazón de mujer! Tanto es lo que la hermosean, que apenas puede haber quien se resista á la fuerza de sus miradas.

Por eso una mujer semejante es la alegría de la casa, la vida del esposo, el dulce canto que adormece á los tiernos hijos, y sobre todo es la que conduce á unos y á otros por el camino del bien y de la esperanza. ¡Qué misión tan noble y grande es la de la mujer, y qué responsabilidad no le atañe por no querer ejercerla como debe!...

Es verdad que esta misión, en apariencia, parece humilde y sin importancia, tal vez porque no tiene heraldos que la pregonen, y, como dice una ilustre mujer inspirada, *más cronista en obras que en palabras*. Sin embargo, debemos confesar aquí nuestro error: en los hechos, en las costumbres y aún en el semblante del esposo amado y de los hijos queridos vemos reflejadas las virtudes de la esposa y de la madre; son heraldos unidos que, adonde vayan, van diciendo cuánto amor, cuánta caridad hay en aquel corazón de mujer.

Estas dos virtudes son las que hacen llevar á buen camino al hombre más inaccesible y al hijo más rebelde; sobre ellas gira toda la complicada máquina de la familia; por eso pedimos á la mujer con tanta insistencia que se engalane con tan bellos adornos.

Penetrada de su importancia, ¿cómo es posible crear se resista á ello? Amable por naturaleza, sensible y dispuesta al bien, ¿cómo no esperar que anteponga á todos los fútiles adornos que puedan hermosearla un día, estos otros que decimos que tejen su más bella corona de flores, que nunca se secan ni deshojan?

Con el amor á los dulces placeres de la familia vierte encantos desconocidos en el corazón del hombre, que son cadenas de oro que le aprisionan; y desde allí, como una reina, enseña lo que debe amarse, elevando al cielo su espíritu unas veces, y sacrificando otras sus mayores deseos al bien ajeno, y demostrando con su fe inquebrantable su confianza en Dios.

Es un amor que engendra respeto y obediencia, y en donde se respeta y obedece sólo por no apesadar al objeto amado; todo camina al bien y al orden, y las pasiones viven sujetas, y dentro de aquella mansión bendita no se respira más que dulce quietud y santa resignación.

Por el amor de la mujer á sus deberes de madre y de esposa, véase al hijo y al esposo seguir la misma senda en el cumplimiento de los suyos para con la sociedad y los gobiernos. Los mejores ciudadanos y más estrictos en el cumplimiento de las leyes son aquellos que viven dirigidos por una mujer cristiana, que con su ejemplo enseña cómo cada uno debe cumplir con sus obligaciones.

Y ¡qué diremos de la caridad? Compañera inseparable del amor, sin el cual no es fácil comprenderla, es también bellísimo adorno en la mujer. Suelen los poetas llamar á ésta una y más veces ángel de hermosura, que el cielo hizo descender sobre la tierra; frase exagerada y que sólo admitimos como poética licencia, pero que le viene de molde y le está muy á propósito cuando la mujer se distingue por la virtud de la caridad. Ángel entonces es, á lo menos tal lo parece, según la pequeña idea que á nosotros nos es dado formar de los espíritus celestes.

Porque, la caridad, virtud es de ángeles; y al ver á la mujer arrostrar peligros por salvar á algún desgraciado, y despreciar el fausto, los placeres y el lujo, para mejor acudir al remedio de los necesitados, y aún á los de su propia familia, un encanto misterioso la rodea, que nos sujeta y sorprende, llevándonos hasta el entusiasmo.

Entonces sí que la mujer es bella y hermosa, y tiene en todas partes quien la admire y celebre y la quiera y ame con pasión que no se acaba nunca. Con el amor encuentra fácil la caridad, y la practica sin resistencia: auxílianse mutuamente la una á la otra. Llegando á poseerla, vences pronto el engaño de sus sentidos y la seducción, que tanta fuerza hace en ella, del afán de brillar y de



6. Sombrero *Pastora*.
11. Sombrero para teatro.

9. Capota con l'avolet.
(Véase el núm. 15.)

4 y 5. Sombrero redondo de paja inglesa.
8. Sombrero para viaje. (Véase el núm. 17.)

7. Capota de paja de Italia.
10. Sombrero con bridas y velo.

12. Sombrero de fondo bajo.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Plaza de Isabel 2.^a, II Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



ser celebr
peligros c
rodean.
Y nó se
embellece
que al mi
ten de fo
En las h
cuánto m
llevarlas
resignaci
manera a
fiar todos
los pesar
las suaves
ojos y en
luzcan co
en las tri
la vida.

MARINA
POR
ANGELA GRASSI.

(Continuacion.)

El sol, imagen del Sol eterno, puede velar por algunos instantes su faz entre las nubes; pero luego tiene calor y resplandores para todas las criaturas.

Cuando llegue la negra tentadora junto á vosotros, helando vuestros corazones, perturbando vuestro pensamiento, murmurando á vuestro oído promesas de mentida paz, resistid, resistid un solo instante, que en breve



49. Fichú-toquilla.

ser celebrado, evitando tantos peligros como por esta parte la rodean.

Y nó sólo estos adornos la embellecen y hermosean, sino que al mismo tiempo la revisiten de fortaleza y de valor. En las horas de amargura, cuánto no valen para sobrellevarlas con apacible y dulce resignación! El alma de esta manera adornada puede desafiar todos los combates, todas las seducciones, todos los pesares; nó así con la hermosa que se revela en las suaves líneas de su rostro, en el color de cielo de sus ojos y en el puro carmin de sus labios; por más que luzcan con brillo seductor, de nada podrán servirle en las tristes realidades por las que tiene que pasar en la vida.

R. SEGADÉ CAMPOAMOR.



14. Capota de erin negra.



21 y 22. Vestido Princesa, para niña.



16. Paillason de dos colores.



17. Armadura para el núm. 8.



18. Sombrero de paja negra.

acudirá á vuestro socorro la vida con su misterioso anhelo de conservación, con su invencible horror al nó sér. Yo resistí ese breve instante, Alejo, y me salvé... Y ahora me encamino plácidamente hácia la mansion tranquila, escoltado por los pocos beneficios que he podido producir en torno mio, esperando que los ángeles del bien cerrarán mis fatigados ojos, y conducirán mi espíritu triunfante á la eterna patria de los justos. Calló Jorge; pero sus mejillas



20. Fichú-toquilla.



15. Armadura para el núm. 9.

inflamadas, el temblor de sus manos, que oprimían las de Alejo, bien demostraban á éste que aquel largo discurso sólo había tenido por objeto ocultar su agitación y la tenaz idea que le dominaba.

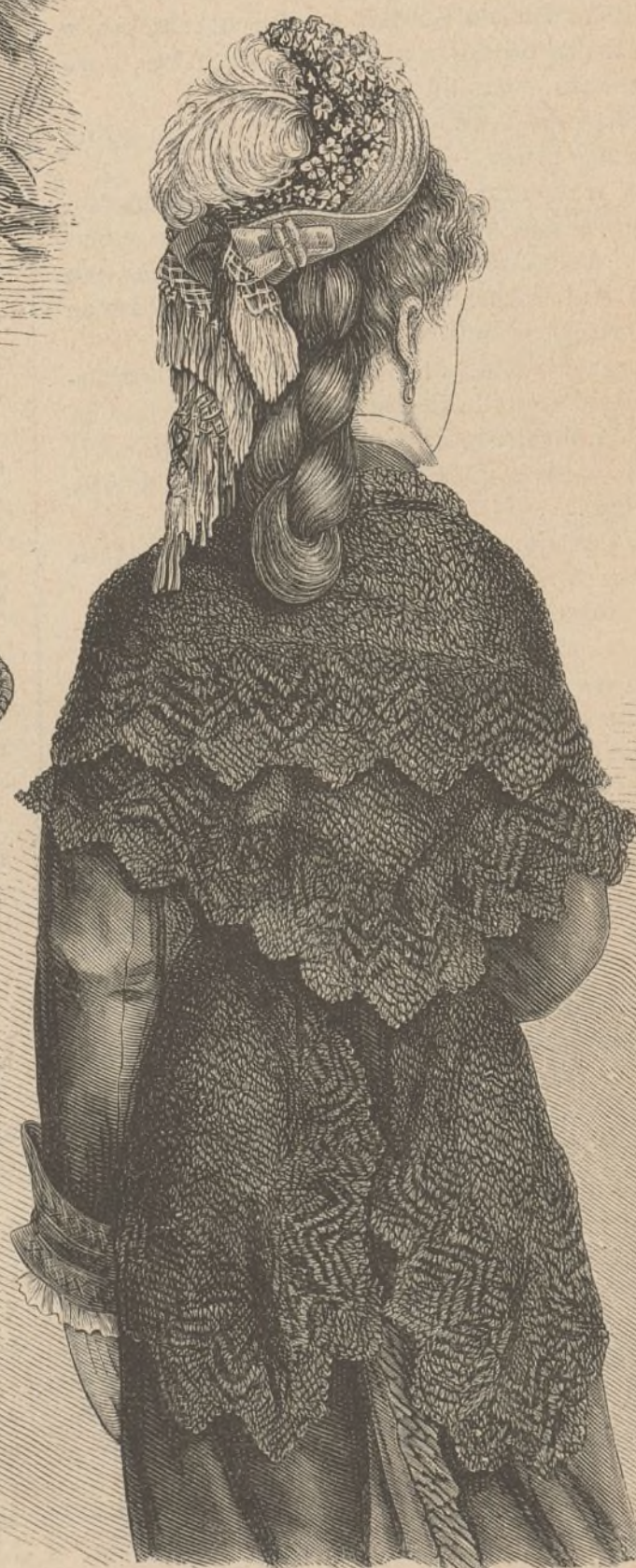
De pronto exclamó, como si hubiese sucumbido en la terrible lucha interior que sostenía consigo mismo.

—Pues bien, Alejo; á pesar de cuanto acabo de decir, confieso que el hombre no es más que una frágil estatua de barro, y que hay que perdonarle sus flaquezas, sus debilidades... por esto la misericordia de Dios es tan grande; por esto Dios, además de ser Dios, quiso ser nuestro amantísimo Padre...

Yo, que entonces, ayudado por Él, triunfé de mí mismo, hoy no acierto á dominar un deseo,



23. Fichú-manteleta. (Véase el núm. 24.)



24. Fichú manteleta. (Véase el núm. 23.)

deseo vehementísimo que me persigue de noche y de día con singular insistencia...

Calló otra vez, y luego prosiguió con apasionado trasporte.

—¡Quisiera verla! Sí; quisiera verla en todo el esplendor de su belleza, ciñendo la diadema soberana, sonriendo á sus vasallos, é iluminando el cielo y la tierra con sus dulcísimas miradas.

¡Verla, verla una vez siquiera! ¡Verla dichosa, verla concediendo á otro hombre las caricias que jamás quise aceptar, pero verla, Alejo! ¡Oh, Dios mío! si pudiera verla un solo instante, ya nada más le pediría á la suerte!

Y ¿por qué no he de realizar este deseo? ¿por qué me he de privar de esta suprema dicha?

Iré á Moscou... Quiero ir una sola vez... la última... ¡te lo juro!

—Pues bien, partamos, pobre amigo mío, exclamó Alejo. Ya te lo he dicho... aún es tiempo...

Jorge sacudió tristemente la cabeza.

—¿Crees, dijo, que al envolverme en el sudario de los muertos no había medido la enormidad del sacrificio, no había previsto sus lógicas consecuencias? ¡Nó, mil veces nó! He muerto para ella y para el mundo... ¡He muerto para siempre!

Pero ¿ves lo que te decía antes acerca de la debilidad del corazón humano?... He aceptado el cáliz, y á veces no me siento con fuerzas para apurarlo...

¿Lo creías? tengo celos, sí; celos terribles, espantosos... ¡Oh, Alejo! lo que nos pintan los poetas de las tormentas de los condenados, son pálidos bosquejos de mis tormentosas noches de insomnio y de delirio... Sufro tanto, que á veces me parece imposible poder resistir tamaño sufrimiento...

Pero ¿ves el pino cómo yace sin vida en el suelo?... Dios se apiadará de mí algún día, y mi martirio se trocará en apacible calma allá arriba... Lo creo... lo espero...

¡Ay de quien no pueda levantar los ojos á Dios y pedirle amparo cuando pasa por estos amargos trances de la vida!...

¿Has tenido celos alguna vez, Alejo?

Si no los has tenido, no puedes comprenderme. Es como si te revolcaras sobre un lecho de fuego... como si tu corazón girase sobre una rueda de espinas...

Me parece que la veo, reclinado el angelical rostro sobre el seno de Dimitri; que une sus labios con los suyos, que le envuelve con su amante mirada...

A veces quisiera correr á interponerme entre ambos, y alzo mis brazos truncados, y al verlos, lloro, Alejo, lloro como un insensato, como un niño!

Jorge se detuvo sofocado por la emoción; luego prosiguió con voz más firme:

—Pensaba ir con mi fiel Tadeo, que ha abandonado, por seguirme, sus padres y su cabaña... ¡Pobre niño, cuánto me ama!... Ahora iré contigo; tú me acompañarás, ¿no es cierto? La veré sin que me vea; reclinaré mi cabeza en tu seno y moriré pendiente de tu cuello.

Perdóname si soy débil... ¡La amo tanto! ¡Es mi primero, mi único amor sobre la tierra!... ¡Cuán dichoso era en Uglich!... ¡Oh, no siento haber salvado á Dimitri, no lo siento! ¡Hazla dichosa, Dios mío! Haz que él sepa amarla como yo la amo...

No te vayas, Alejo, no me abandones nunca... ahora sólo me quedas tú... ¡tú sólo!...

Acuérdate de cuanto me decías sobre el puente de Sandomir... no me abandones.

Tal vez no me comprendas, Alejo. Hablo, hablo y no acierto á coordinar mis ideas...

¡Hace tanto tiempo que devoro en silencio mis tormentos! porque Tadeo es un niño; ¿qué entiende él de las borrascas del alma?

No te vayas, Alejo; ten compasión de mí; deja que vierta en tu seno todas las lágrimas comprimidas en el fondo de mi corazón; deja que comparta contigo mis dolores.

Cuando no estabas tú, parecía fuerte; y es que el exceso del dolor me hacía insensible; ahora siento una imperiosa necesidad de llorar, porque tu amor me ha vuelto el sentimiento.

Y Jorge escondió su cabeza en el seno de su amigo, y prorumpió en sollozos.

Tenía razón: como un rayo de sol vuelve á trocar en líquidas perlas la helada fuentequilla, la amistad comunica un suave calor al alma entumecida.

Alejo le estrechó apasionadamente entre sus brazos. Cuantos dulces epítetos, cuantas amantes palabras sabe decir una madre para consolar á su hijo enfermo, otras tantas halló la ingeniosa amistad de Alejo para suavizar el dolor del tierno compañero de su vida.

Supo infundirle tan consoladoras é inefables esperanzas, que las mejillas de Jorge recobraron el color perdido, su pecho una respiración tranquila, y sus labios se contrajeron con una franca sonrisa.

Sólo la santa y dulce amistad es capaz de obrar milagros.

Cuando los jóvenes premiados entraron en tropel, trayendo del brazo á sus prometidas y ostentando orgullosamente en el pecho la honrosa cinta verde, hallaron á los dos amigos embebecidos en aquella expansiva conversación de recuerdos, que es un bálsamo para el alma.

El baile iba á empezar; pero los habitantes de Nígni-Novgorod no hubieran sabido entregarse á sus encantos si no le hubiese presidido su buen padre.

Aun no había trascurrido un cuarto de hora, cuando Jorge y su amigo se hallaban sentados bajo un dosel de verdura, mientras cien alegres parejas bailaban al són de una música deliciosa.

Todo el lujo de aquella fiesta nacional consistía en un prodigioso número de guirnaldas de flores, símbolo de la modesta virtud y la pureza, y en los magníficos rayos de un sol brillante, emblema del amor y la ventura.

Luego, cuando el sol hundió su disco en un volcán de ópalo y de rosa, siguieron bailando á la rutilante luz de las estrellas, y la luna había llegado ya al cenit cuando aún las voladoras auras llevaban á los montes el eco de las risas y los juegos.

CAPÍTULO XIV.

¡Cuán bello es el crepúsculo de la tarde, con su luz dudosa, sus paisajes semiborrados, sus vagos y confusos ecos!

¡Cuántas cosas dicen entonces al alma las auras susurrantes, los murmuradores arroyuelos! ¡Cuántos vagos fantasmas mienten á los ojos las ramas de los árboles que se destacan sobre el azul del firmamento, los picos de las rocas, las caprichosas arreboladas nubecillas que cercan el ocaso!

¡Cuán dulce es entonces dejar vagar el alma á merced de la fantasía, y embriagarse con los indefinibles encantos de la naturaleza!

Estaba Marina á esa hora recostada sobre el alféizar de la ventana de su habitación que daba á los jardines, aspirando las emanaciones de las flores que traía hasta ella la juguetona brisa.

¿En qué pensaba, mientras apoyaba su frente en la mano y fijaba su mirada en el cielo?

¿Era el pasado ó el porvenir lo que la sumía en aquella meditación profunda? ¿era el recuerdo de Jorge ó de Dimitri el que de vez en cuando hacía palpar apresuradamente su pecho y colorearse sus mejillas?

Marina pensaba en ambos, y aquellos dos santos y distintos amores formaban un solo y puro afecto. Eran dos anchurosas piras que setocaban sin confundirse; eran dos lozanas rosas que, meciéndose sobre el mismo tallo, mezclaban sus suavísimos perfumes.

Dimitri era joven, gallardo, y sobre todo amante. Marina advertía que era amada profundamente hasta en los fútiles cuidados de una etiqueta, que empleaba el amor como un medio más de cautivar.

Rara vez iba el czar á verla, y aún esto lo hacía en presencia de su madre; pero todos los días le presentaban en su nombre telas preciosas, bellas joyas, y esas pieles, tributo del Oby, que no se pagan con el oro; cada día veía su nombre asociado á las filantrópicas instituciones que fundaba el soberano.

Marina amaba á Jorge, que había muerto por ella; pero ¿cómo no amar á Dimitri, que sólo vivía por ella?

Ambos eran dignos de que les elevarse altares en su corazón, y Marina se los había erigido bajo la advocación del santo amor de la patria.

Como le había dicho á Alejo, los amaba á ambos en sus vasallos, y eran generosos proyectos, para cuando ciñese la corona, los que hacían hervir la sangre en sus venas y prestaban energía á su alma.

Cuando paseaba en su dorada carroza, y veía pasar junto á ella á los menesterosos, se decía á sí misma:

—Cuando reine, procuraré aliviar su miseria; seré la madre de los que sufren.

Y llena de entusiasmo con esta idea, tendía sus brazos á aquella multitud, que acaso pasaba sin verla, y acaso también la motejaba por su lujo y sus riquezas.

Conmovida se hallaba á la sazón con estas bellas imágenes, cuando una voz débil y cascada la arrancó de sus ensueños.

Volvióse rápidamente, y vió delante de sí á la emperatriz.

Días hacía que la anciana, que tan benévolamente la acogiera á su llegada, se mostraba con ella reservada y adusta; días hacía que su conducta para con Dimitri era extravagante, acogiéndole unas veces con efusión, y otras rechazándole con aspereza; pero ambos lo atribuían, mas bien al estado vacilante de su razón, que á natural desvío.

Acercóse entonces á Marina con ademán misterioso, y la dijo en voz baja:

—Tal vez no deba hacer lo que hago; pero tengo lástima de él. ¿Quién sabe si será mi hijo?

Marina se volvió hacia ella asombrada, y exclamó vivamente:

—Creo que habláis de Dimitri; pero me sorprende tan extraña duda.

La anciana guardó silencio un breve instante, y luego repuso:

—¿Sabeis lo que son los *Barnabitzis*? Dicen que son unos espíritus encargados de ilusionar á los mortales, y que ponen delante de los ojos unos espejos mágicos, que reproducen las imágenes grabadas en nuestra mente.

No os riais, añadió, viendo que una incrédula sonrisa se dibujaba en los labios de Marina; no os riais de las cosas misteriosas....

Pero no he venido á hablaros de esto, repuso, pasándose la mano por la frente; vengo á salvaros á vos y á él.

El pueblo y la nobleza están decontentos: dicen que Dimitri gusta demasiado del lujo y de la guerra; se quejan porque su trono es de oro, sustrenes magníficos, y las libreas de su servidumbre sobrepujan en riqueza al traje de los nobles; murmuran porque amenaza á la vez al Sultán y al rey de Suecia, pudiendo esto traer un grave conflicto á la nación; propalan que intenta someter la Iglesia griega al pontífice romano, y sufren, sobre todo, consumo disgusto la presencia aquí de los polacos y alemanes.

—¿No han sido los alemanes y polacos los que le han ayudado á subir al trono y á conquistar la paz de Rusia? dijo dulcemente Marina.

Los polacos han vertido su sangre, han derramado su oro....

—Sois polaca, interrumpió Marfa con enojo, y es justo que defendais la causa de los extranjeros.... No son vuestro padre ni vuestros hermanos, que hacen jactancioso alarde de su privanza, á los que ménos aborrece el pueblo....

¡Ah! exclamó Marina ofendida; si mis hermanos son objeto de animadversión, si son obstáculos interpuestos entre Dimitri y el pueblo, saldrán de Moscou y de Rusia inmediatamente, que no necesitan para brillar del resplandor del trono. Pero, ¿quién ha venido á turbar la calma de vuestro espíritu, á amedrentaros con quimeras, destituidas sin duda de todo fundamento?

Creo adivinarlo. Aunque jamás la he visto, sé que existe una mujer funesta, enemiga perpetua del trono, conspiradora constante contra el trono, que se ampara con vuestro nombre, que os visita diariamente, que conturba vuestra imaginación por medio de artificiosos augurios y cabalísticos manejos.

Perdonadme, añadió viendo la turbación de Marfa; conozco que he hablado con demasiada viveza; pero se trataba de defender mi causa, la de Dimitri y la vuestra, á quien amo y considero, como hubiera amado y considerado á mi madre si la hubiese conocido.

Marfa no respondió: permanecía muda y pensativa, y sus miradas vagaban de un objeto á otro sin fijarse en ninguno.

Por fin tartamudeó:

—Cuando me hablan mucho, mi pensamiento se ofusca: me habían encargado que os dijese mil cosas, y se han borrado de mi memoria.

Permaneció un momento perpleja.

Luego se dirigió á la puerta que comunicaba con sus habitaciones, é hizo una señal convenida sin duda de antemano.

La puerta se abrió y apareció en su dintel Alejandra. Venía vestida de negro, y cubierta casi toda con un negro velo que hacía resaltar la blancura deslumbradora de su rostro.

Estaba maravillosamente hermosa.

Marfa la cogió de la mano, y la condujo hacia Marina. Adivinó ésta que aquella mujer era su enemiga y la enemiga del trono; quiso mirarla frente á frente, y tuvo que bajar los ojos, sobrecogida por un súbito pavor.

Experimentaba la sensación que debe experimentar el pajarillo cuando, trémulo y aleteando, se siente atraído por el soplo de la serpiente que le acecha.

Pero la imperiosa fascinación residía sólo en sus miradas, por cuanto Alejandra se apresuró á decir, con tono humilde:

—Perdonadme, señora, si he deseado llegar hasta vos, á quien llaman con justicia el ángel bueno de Rusia.

Os habrán dicho que soy intrigante, ambiciosa, que he osado aspirar al trono, y os han dicho la verdad; pero os habrán referido también que mi marido, convicto y confeso de haber conspirado contra el czar, cuando tenía ya la cabeza puesta sobre el tajo, recibió la gracia del mismo czar á quien tanto había ofendido.

Esta gracia la obtuve yo por mediación de mi ilustre protectora; y llena de gratitud hacia Dimitri y hacia ella, la juré sobre la cruz de ese anillo que brilla en su mano que, lejos de atentar ya contra la vida y el trono

de su hijo, lo sacrificaría todo, vida, honra y hacienda, para salvarle, si algún día se viera amenazado.

—¿Creeis, señora, en la gratitud, en la santidad del juramento?

Calló Alejandra, aguardando una respuesta.

Había hablado con tono dulce, sencillo, persuasivo; su actitud era á la vez modesta y digna.

Marina se sintió desarmada.

—¿Qué quereis de mí? la preguntó.

Pareció conmoverse profundamente Alejandra; su movable fisonomía expresó suma turbación y un dolor intenso.

Recogióse un instante dentro de sí misma, como si reconcentrara sus fuerzas para llevar á cabo un penoso sacrificio; levantó los ojos al cielo, y por fin, acercándose á Marina, la dijo rápidamente en voz baja:

—Como brotan las flores de Mayo, brotan en este país las conspiraciones. Se ha organizado un nuevo plan para derribar al monarca.

Calló un instante, prorumpiendo luego con dolorosa explosión:

—¡Ah, que es otra vez mi marido el jefe de la trama!

Inclinó la cabeza sobre el pecho, dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo, como agobiada bajo el peso de tamaña infamia, de tamaño sufrimiento.

De repente se enderezó, y fijó en Marina sus ojos, llenos de un fuego sombrío, diciendo:

—¿Creeis que tengo en poco la gratitud, creeis que tengo en poco la santidad del juramento, cuando, por cumplirlo, vengo yo misma á delatar á mi marido?

—¿Y bien? preguntó Marina aterrada, anhelante.

—He venido á vos, y no me he dirigido al czar, prosiguió Alejandra, porque vos podeis embotar la espada de los traidores sin que una sola gota de sangre manche vuestra nupcial vestidura; porque vos podeis soltar uno á uno los hilos de la trama, sin cortarla con violencia.

—¿Qué pretendeis de mí? exclamó Marina, retrocediendo algunos pasos.

Quiso otra vez leer en los ojos de aquella mujer los secretos tenebrosos de su alma, y otra vez tuvo que bajar los suyos, subyugada por la llama sombría de su mirada.

—Dejadme, repuso, dejadme, tengo miedo de vos; sé que os sobra en astucia lo que á mí me sobra en sencillez; dejadme...

—¡Ah! exclamó Alejandra, con una ironía tan templada por la dulzura de su voz, que parecía un halago; comprendo que los ángeles, cuyas alas están immaculadas, no quieran descender de su altura ni contaminarse con el hálito ponzoñoso del reptil que rastrea sobre la tierra; pero esto, que está bien á las vírgenes que moran en el claustro, le está vedado á una reina. Una reina debe examinar cuántos grados de veneno contiene el reptil, para librar de su contagio al pueblo confiado á su cuidado, y del que tiene que dar á Dios estrecha cuenta.

Encendiéronse de rubor las mejillas de Marina, y fijó llena de confusión los ojos en el suelo.

Luego levantó la cabeza, y dijo con tono firme y resuelto:

—Hablad, hablad: comprendo mi deber; sabré cumplirlo.

—La conspiración debe estallar en el mismo día en que se celebre vuestro enlace, aprovechando la confusión de los festejos, repuso Alejandra.

El pretexto ostensible es la presencia en Moscov y alrededor del trono de los polacos y alemanes... Fácil sería suponer la necesidad de tropas fieles en otro punto, y quitar de esta manera el pretexto á las iras populares.

Cuanto cerca á Dimitri, le venden: Smirnoff, gobernador de Moscov; Igniteff, jefe de los cosacos; Misliavitch, que manda á los strelitz; Basmanoff, que hizo traición á Boris, y ahora...

—Basta, interrumpió Marina; para acusar se necesitan pruebas.

—Hélas aquí, dijo Alejandra, sacando un rollo de papeles de su escarcela.

Tendría ya la mano Marina para cogerlos, cuando Alejandra repuso vivamente:

—Os los entregaré al precio de las vidas de los culpables. Que el czar ejerza su justicia sobre sus haciendas, que los condene á perpetuo destierro, pero que respete sus vidas: sean éstas el regalo de boda que os otorgue. Yo, mujer culpable y ambiciosa, he sabido ser fiel á la santidad del juramento; tengo fe en que sabreis cumplirlo vos, á quien el mundo proclama como modelo de nobleza y de virtud. Sobre esta cruz, añadió amparándose de la mano de la emperatriz, pronuncié yo mi solemne juramento; pronunciad el vuestro.

Obedeció Marina apresurada y congojosa; pero en aquel mismo instante resonó en el aposento inmediato la voz de Mnichuk, que decía con énfasis:

—Avisad á S. M. I. la zarina que el palatino de Sandomir desea hablarla.

Entregó precipitadamente Alejandra á Marina el rollo misterioso, y desapareció por la puerta interior, mientras por la principal entraba el paje que venía á desempeñar su cometido.

Pero Marina apenas tuvo tiempo para ocultar los papeles, porque detras del paje entró el mismo palatino sin aguardar la respuesta; tan impaciente venía por ofrecer á su hija los presentes que el rey de Polonia enviaba á la bella desposada.

Seguíanle otros dos pajes, que traían los ricos dónes en dos bandejas de oro guarnecidas de piedras preciosas.

—Ved, hija mia, exclamó lleno de júbilo y orgullo el palatino; ved las ricas preseas que os manda como regalo de boda el más noble y galante de los reyes.

Levantó por sí mismo los velos bordados de oro y plata que cubrían las bandejas, y fué enumerando y describiendo una por una las joyas que contenían.

—Y hé aquí, terminó diciendo, que se ha cumplido en todas sus partes la profecía de aquella mujer que os declaró nacida para el trono.

—¿Creeis en hechiceros? preguntó Marfa con ansiedad.

—Creo en los espíritus superiores, que reciben del cielo inspiraciones divinas.

Marfa inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó sumida en una abstracción profunda, mientras el palatino, entregado completamente á la alegría que le causaba el logro de sus ambiciosas esperanzas, continuó con un tono enfático y jactancioso:

—Los festejos para celebrar vuestro enlace, hija mia, serán brillantes. Los polacos se han empeñado en sobrepasar en esplendor y magnificencia á los rusos, y conseguirán su objeto, que con otros elementos cuentan para ello.

—¡Ah, señor! se apresuró á decir Marina; quisiera que nuestros compatriotas se abstuvieran de toda manifestación ostentosa y que pudiera herir la susceptibilidad del país.

—¡Siempre la misma estrechez de miras! exclamó el palatino con despecho; ¡siempre la misma pusilanimidad de espíritu! Esos festejos precisamente los he organizado yo, para demostrar el desprecio con que acogemos las habillitas de esos boyardos, que nos motejan por nuestra esplendidez, hija de nuestra cultura moral y material. Aquí todo es rudo, primitivo: costumbres, educación, ideas...

—Preciso es, sin embargo, respetarlas, padre mio, replicó vivamente Marina.

—Nó cuando se nos insulta, nó cuando se nos pisotea, prosiguió Mnichuk con creciente enojo. El otro día Basmanoff osó dirigirme duros reproches porque ensalzaba á Polonia, emporio de riqueza, centro de las artes y las ciencias... vuestros hermanos se batieron ayer con algunos jefes de los strelitz por la misma causa, y aún tienen pendientes varios duelos...

—¿Qué decís? exclamó Marina aterrada. ¿Con que era cierto? ¡Ah! ¿y es mi padre, son mis hermanos los que provocan estas reyertas, hiriendo el patrio orgullo de los que nos han dispensado tan benévola acogida?

—Benévola acogida! gritó el palatino, encendido más y más en ira. Hemos venido como conquistadores, abriéndonos paso con la punta de la espada, y del mismo modo sabremos sostenernos. Vuestros hermanos han obrado con la hidalguía propia de caballeros. ¿Por qué defendeis á esos villanos, á esos traidores, que sólo saben conspirar, y rodean, quizás para venderle, el trono de Dimitri? No hace tanto tiempo que el fraile Ossipof se atrevió á llamar al monarca en presencia de los cortesanos, que permanecieron silenciosos, *Griechkz Otropief, hijo del pecado y la herejía.*

—¡Otropief! ¡Otropief! murmuró la emperatriz con tono lúgubre.

—Y ¿pretendeis, prosiguió Mnichuk sin escucharla, que nosotros también permanezcamos mudos cuando se le insulta, cuando se le calumnia?

Cortó las iras y el discurso del palatino un paje que sobrevino anunciando al czar.

Salió al encuentro apresurado Mnichuk; introdujole en la estancia; enseñóle con su fastuosa prosopopeya las joyas, y se despidió costosamente, dejándole solo con su madre y con su futura esposa.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA.

LA MUJER ESPAÑOLA.

Estudios acerca de su educación y sus facultades intelectuales, por la Srta. Doña María Concepción Jimeno, precedidos de una carta-prólogo del académico Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto. — Librería de D. Miguel Guijarro, Preciados, número 5.

Hemos leído con sumo detenimiento este bellissimo libro, y nos apresuramos á enviar nuestros más calurosos plácemes á su autora.

Abundan en él elevadas consideraciones filosóficas, acerca de lo que es y lo que debiera ser la mujer en nuestra España, señalando con enérgica valentía los errores de que adolece por su educación intelectual, sobrado limitada.

Honra á su sexo la señorita Jimeno haciendo una brillante apología de la mujer, principalmente como maestra y como madre, las dos sublimes figuras que resumen su importante misión en este mundo.

Pero si sabe con elocuencia fácil y correcta cantar las glorias de la mujer, sabe también corregir sus errores, mostrándole la peligrosa sima adonde pueden conducirla.

Los capítulos: *El enemigo del hogar*, representado por el tedio; *El amor*, *La mujer y el poeta*, *La literatura en España*; *La aptitud de la mujer para las artes*, y *la aptitud de la mujer para las ciencias*, son otros tantos estudios acabadísimos, en los que la autora, además de un talento elevado, revela una instrucción sólida y poco común.

No disponiendo de espacio suficiente para detallar todas las bellezas de la obra, reproduciremos un párrafo del magnífico prólogo que la precede, debido al ilustrado académico Sr. Cueto.

«Lo que aún vive en mi memoria, dice, de la impresión que me dejó la fascinadora lectura, es la espléndida abundancia de poéticas imágenes, de brillantes pensamientos y de encumbrados sentimientos.

«Resplandecen en él las galas del ingenio, la elegancia del estilo y las peregrinas cavilaciones del sentimiento.

«La señorita Jimeno discute como un polemista escolástico; idealiza como un filósofo espiritualista; aconseja y dispone como un moralista cristiano; canta y siente y pinta como un poeta.»

Terminaremos nuestra grata misión, transcribiendo un hermoso y elocuente párrafo del libro que nos ocupa y constituye su síntesis:

«La madre, exclama la distinguida escritora, es el alma de la humanidad; la maestra es el gran legislador de nuestro sexo, el prudente consejero, el ángel tutelar, la Providencia visible de las niñas.»

SEGISMUNDO MARTINEZ.

Soluciones nuevas á la charada que apareció en el número 17 de EL CORREO, correspondientes al 2 de Mayo, por las Srtas. Doña Ana Ruiz, de Sevilla; Doña Aniceta Campo, de Orduña; Doña Angela Bravo, de Tarragona; y Don Evaristo Sanchez, de Toledo.

Soluciones á la charada que apareció en el número 19 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Mayo, por las Srtas. Doña Candelaria Jimenez, de San Juan de Luz; Doña Braulia Martin, de Valladolid; Doña Lucía Santigosa, de Valencia; Doña Carmen Artiguas, de Castellon; Doña Dolores Arigut, de Pamplona; Don Miguel Castañeda, de Castropol, y la siguiente:

Me gustan bien compuestas
Las patas de la rana,
Y de placer cantara la tirana,
Si plato tan sabroso
vinieranme á ofrecer.

Soy algo caprichosa,
Y contenta arrojaré á una tina
Si una tira de lana bella y fina,
Para hacer un gran lazo,
Pudiera hoy obtener.

Pero mejor quisiera,
De preciosa ratina veinte fardos,
Y aún más si fueran ciento,
Para ofrecerlos llena de contento
Al discreto Jerónimo Conder.

FILOMENA JAUREGUI.

Madrid 18 de Mayo de 1877.

CHARADA EN ACCION.

LA 1.ª.— Hablando en prosa ó verso
soy consonante.

LA 2.ª.— Del soldado en la frente
luzco brillante.

EL TODO.— Según me cambian,
en la humana comedia
soy mucho ó nada.

MR. PAPILLON.

Explicacion del Figurin 1.268.

FIG. 1.^a *Traje de paseo y visitas.*—Este delicioso traje consiste en un vestido con túnica y adornada sencillamente de plisés en su borde inferior, pudiendo ser de forma *Princesa* ó tener el cuerpo de aldetas largas. La falda va muy ceñida, y todo



31. Corbata con broche oxidado.

el vuelo recogido atrás y sujeto con una presilla de seda plegada que queda oculta debajo del paletot. Este es de la misma tela que el vestido, muy largo, según prescribe la moda actual, y guarnecido de encaje negro plegado y una ligera guirnalda de pasamanería. Sombrero guirnalda con lazo azul en el costado.

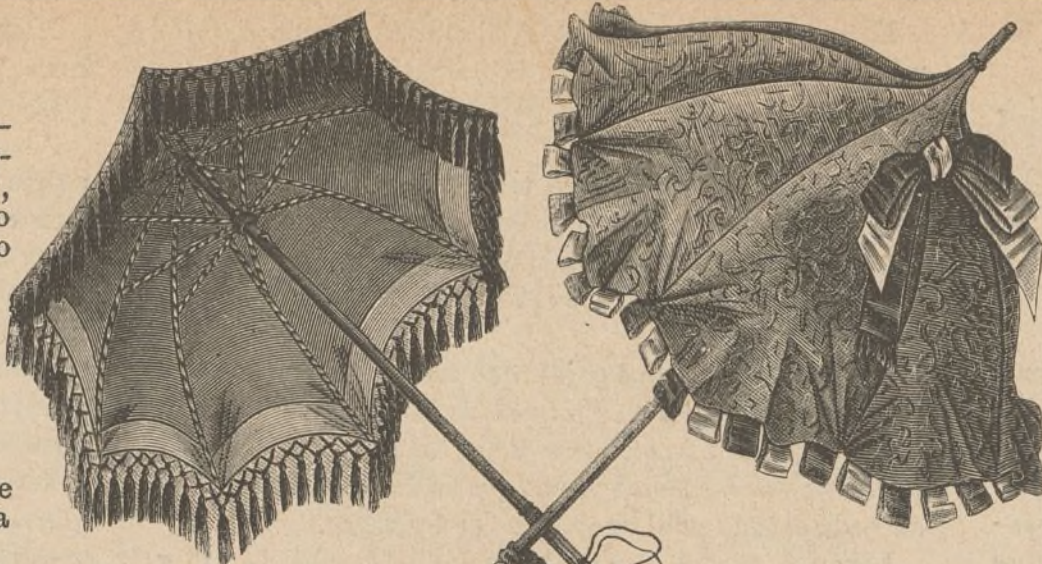
FIG. 2.^a *Traje de recepcion.*—Los paños de delante de la falda van ligeramente fruncidos, llevando por abajo un volante de ondas y encima un biés; el todo ribeteado de faya color mandarin.

La túnica, abrochada completamente en el costado derecho, forma coraza de ese mismo costado,

mientras que se alarga por atrás en un paño cuadrado y forma dos puntas en el costado izquierdo. Esta túnica, de suma novedad, es de armure con dibujo de puntitos. Cuello y puños de batista.

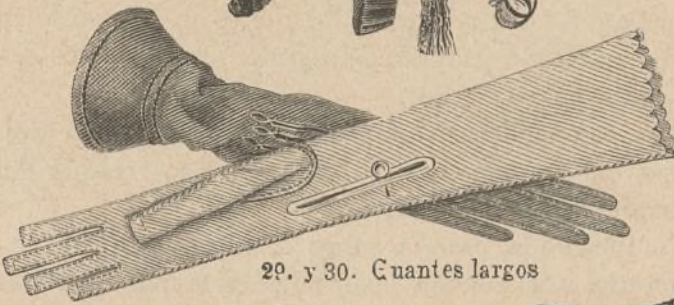
A LAS NOVIAS.

Para guarnecer su trousseau con verdadera elegancia, las aconsejamos que se dirijan á *La Imperial*, nueva fábrica de blondas de seda, hilo, estambre y terciopelo de todos colores, establecida en Almagro.



25. Sombrilla con fleco.

26. Sombrilla china.



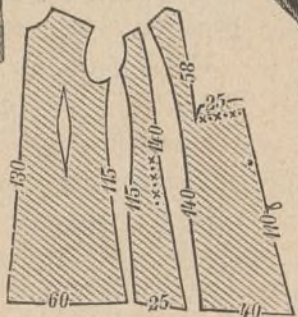
29. y 30. Cuantes largos



27. Sombrilla con encaje.

28. En tout cas.

39. Cróquis para la túnica num. 37.)



35. Cróquis para la túnica 33 y 34.

Allí hallarán preciosos encajes para juegos de cama, con todos los dibujos y escudos de armas que se deseen, colchas de seda ó hilo de encaje, toquillas, canesús, pañuelos, corbatas, sombrillas, flecos y puntillas de plata y oro, de gusto y novedad, á precios económicos.

Los pedidos pueden dirigirse á la fábrica, Almagro, Plaza Mayor, 53, ó al representante de ella en Madrid, D. Antonio Ardura, calle de Valverde, 17, principal.

AIDA DE VERDI.

REDUCCION COMPLETA PARA PIANO SOLO.

Nueva, económica y elegante edicion, hecha por el editor *Ricordi de Milan*, expresamente para el editor *Romero de Madrid* y sus favorecedores.

Precios fijos: Madrid, 5 pesetas; provincias, 5,70, franca de porta. Romero, Preciados, 1, Madrid.

OBRAS DE DOÑA ANGELA GRASSI

que se hallan de venta en la Administración de EL CORREO DE LA MODA, el periódico favorito de las damas, y tan solicitado, que apenas puede cubrir su numerosa y creciente suscripcion.

Las riquezas del alma, obra premiada por la Academia Española. Dos tomos: 8 rs. en Madrid y 9 en provincias. — *La gota de agua*, obra premiada por aclamacion en el concurso *Jesus Rodriguez Cao*. Un tomo: 4 rs. — *El que no siembra, no coge*, novela de costumbres: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias. — *Poesías*. Un tomo: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias. — *El copo de nieve*. Un tomo: 8 reales en Madrid y 9 en provincias.



33. Vestido con túnica. (Véanse los núms. 34 y 25.)

34. Vestido con túnica. (Véanse los dibujos núms. 33 y 35.)

36. Vestido Breton para jovencita.

37. Vestido con túnica. (Véanse los núms. 38 y 39.)

38. Vestido con paletot. (Véanse los núms. 37 y 39.)

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edicion recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO; y las de la 1.^a, 3.^a y 4.^a, el pliego de dibujos para bordados.

Administracion, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Hiedra, 7).

Editor propietario: Carlos Grassi.